

# La era de Lilia Ramos

**H**ace bastantes años, antes de conocer a Lilia Ramos, esta mujer era para



Ricardo Blanco Segura.

mí todo un misterio. Tengo entendido —si no estoy equivocado— que alguna vez vivió a la vuelta de mi casa; por entonces tan sólo oía decir: “ahí vive Lilia Ramos”.

su palabra ha ido sembrando ideas a través del ancho mundo latinoamericano y europeo. Aquí, en la página nueve de nuestro diario, ha dejado algunas de sus mejores ocurrencias, que honran a “La República”. Conferencista aguda e incisiva, a más de uno ha dejado con la boca abierta ante la concisión, la franqueza y la claridad de su verbo. Su obra, consagrada en mucho al estudio de la niñez, es ya muy conocida: “¿Qué hace Usted con sus amarguras?” “Lumbre en el Hogar” “Si su hijito...” “Cuentos de Nausicaa” “Almófar, Hidalgo y Aventurero”..., libros todos que han llenado los anaqueles de nuestras librerías y de otros lares, allende las fronteras. Amante del pasado y de todo cuanto forma el mundo sentimental de la añoranza, nos brindó un día “Júbilo y Pena del Recuerdo”, antología plena del “se hnsuht” de que hablaba Goethe; empeñada en plantar la última pica —que no ha de ser en Flandes sino en el corazón de su patria— ahora nos promete “Fulgores en mi ocaso”. Fulgores, que no ocaso, porque en Lilia Ramos no lo habrá nunca. El día que se vaya, se irá simplemente: enhiesta, firme, convencida de sus terquedades y de sus aciertos; que esta mujer no es caña que se dobla ni vela que se apaga: es Lilia Ramos, y basta.

No se crea que esta labor de Lilia ha sido el fruto de medrar a la sombra del poder o de la intriga. Porque —como si no le bastara con ser inteligente y fuerte— es valiente. En nombre de esa valentía lo ha afrontado todo, aún la amistad que es para ella un culto.

De estas características de Lilia Ramos, he tenido mis pruebas y de ellas han salido fortalecidos aún más los lazos amistosos que nos unen. Cuando la Editorial Costa Rica aprobó la edición de mi “Historia Eclesiástica de Costa Rica”, publicada anteriormente en un número especial de la Revista de Archivos Nacionales, se encargó a Lilia la corrección de algunos aspectos de estilo y detalles gramaticales. En principio estuve de acuerdo, porque ese libro, escrito entre los diecisiete y los veintitrés años, pese a ser el más exhaustivo de mis trabajos de investigación, adolece de defectos formales, propios de la pluma de quien era un muchachillo. Pero he aquí que Lilia, rigurosa e implacable en cuestiones de lenguaje, me corrigió la obra hasta tal punto que no parecía escrita por este fraile, socarrón y malévolo de intenciones. Naturalmente, no acepté la sofisticada versión de Lilia y ésta, muy campante dijo: “Pues si es así, renuncia a seguir con el trabajo; o las cosas se hacen como yo digo, o no se hacen: que se publique el libro como quieran” Y no cedió ni un ápice.

Así, salió la Historia (mi hija mayor) con todos los defectos formales que heredó de su padre, pero aún más fortalecidos el afecto y la amistad con quien pudo haber sido su tutora. Frente a frente, cara a cara, sin rodeos ni palanganos: así se habla y se trata con Lilia Ramos, incapaz de fáciles complacencias o disimulos taimados. Por eso, alguna vez la ví, en una reunión social, tomar su abrigo y marcharse simple y sencillamente porque la música que ambientaba le parecía vulgar; asimismo también aborrece a Baco y no tiene empacho en decir que detesta la cocina. Lo cual es absolutamente lamentable para quienes tendremos

que morir sin saber cómo era un plato cocinado por Lilia, tomando en cuenta su personalidad y sus libros.

No se puede negar que Costa Rica a través de su historia ha producido mujeres notables en muy diversos campos: bienestar social, obras de caridad, política, enseñanza (especialmente), canto, teatro, arte, etc. Pero su obra ha sido labor casi en su totalidad de conjunto, sin características individuales de gran relevancia. En las letras, excepción hecha de Yolanda Oreamuno, apenas se ha rebasado en casos muy contados el límite de la mediocridad. Lilia lo ha superado, porque en ella no cuenta únicamente la escritora: es ELLA precisamente la que se ha erigido en la más brillante personalidad femenina de esta segunda mitad del siglo, porque ha ido más allá del té de las “damas” tomado con el dedito parado y la boca fruncida; de la “asociación” y del “comité” y del “simposium” y el “convivio internacional”, para exaltar y engrandecer lo bueno con obras positivas y no parar mientes en golpearle el escritorio al más pintado fulano cuando creyó que debía hacerlo.

Esta es Lilia Ramos.

Y no crea que le estoy tributando elogios ni halagos. El cariño y la amistad que le profeso no es necesario traerlos, de sobalevas, a la página de un periódico; porque a veces entre risas, a veces a la greña, por divergencia de opiniones, ya se los he demostrado.

Simplemente creo que pocas veces el Premio Magón ha sido otorgado con tanto acierto y justicia a la labor de toda una vida. La vida de una mujer a quien se quiere o no se quiere, pero que nunca ha podido pasar inadvertida. Esta es Lilia Ramos, lo demás son cuentos.



“Lilia Ramos con su amiga Dora I. Rusell, en 1964.

Me enteraba, a través de los diarios— de la publicación de sus libros, de sus conferencias, de su intervención en la vida cultural del país, como algo inasequible con las características de “monstruo sagrado” de que nos habla Marco Retana.

El quehacer literario nos puso inevitablemente en contacto a raíz de la publicación de mi biografía de “Monseñor Sanabria”. Tuve que presentarme a la Editorial Costa Rica y fue allí donde comenzó la amistad con esta mujer extraordinaria, como pocas he conocido en mi vida. Siempre he pensado que muchas de las llamadas mujeres inteligentes simplemente son menos tontas que las demás; mas como toda regla tiene su excepción, Lilia Ramos lo es entre las de su sexo. No sólo por su inmenso talento sino por su recia personalidad, capaz de poner en aprietos al más listo.

Por eso creo que el día que se escriba la historia de la cultura costarricense y más concretamente la de nuestra literatura, un capítulo deberá llevar el nombre de “La era de Lilia Ramos” por la honda huella que esta mujer ha dejado a su paso no sólo por nuestras letras sino en las instituciones a ellas vinculadas. Esta era, que encontró su culminación entre los años sesentas y setentas, está impregnada de la personalidad de Lilia. Dió con otros quijotes los primeros empujes a la Editorial Costa Rica; luchó a brazo partido por la publicación de las primeras obras en la misma y propició la edición de libros ya casi olvidados. A su sombra se hicieron muchos de los que hoy disfrutan de un nombre respetable en nuestro ámbito cultural y contribuyó a la consagración definitiva de otros, camino de la cumbre. Peleó por sus principios en el Consejo Directivo de la Editorial y ganó y perdió batallas en la Asociación de Autores, con la frente en alto, terca unas veces, flexible otras, pero siempre sin ceder ni un ápice de lo que ella creyó justo. No contenta con eso, se empeñó en la publicación de “Pórtico”, revista a cuyas páginas llevó lo viejo y lo nuevo, sin resquemores ni pequeñeces, porque es mujer tan consciente de su valía que ve con gozo el triunfo ajeno a sabiendas de su propia permanencia. Colaboradora de infinidad de revistas y diarios nacionales e internacionales,